LA HISTORIA EN LAS AULAS, DEL FRANQUISMO A LA ACTUALIDAD. ENTRE LA MEMORIA Y LA EGOHISTORIA

Alberto Carrillo-Linares
Departamento de Historia Contemporánea
Universidad de Sevilla

EL MARCO HISTÓRICO, QUE A TODOS AFECTA

Una cierta afición a los manuales de enseñanza de Historia antiguos me hizo madurar durante mis años de estudiante universitario, en los noventa, ideas sobre la importancia de los contenidos y los enfoques historiográficos, en relación con el contexto histórico en el que se construye la Historia en cada momento y sociedad. Por otro lado, solo hay que haber recibido la enseñanza de dos profesores o profesoras para constatar las diferentes maneras de concebir la docencia de la Historia, sus enfoques, la metodología, y, en su caso, la investigación. Así se desarrolló en mí cierta perspectiva relativista sobre la materia, sometida con anterioridad quizás a esquemas excesivamente mecánicos. Probablemente perdí en rigidez y seguridad interpretativas y gané en escepticismo, lo cual generó otros problemas, reflexiones y enfoques. Sin darme cuenta, iba a la moda.

En efecto, la historia de la enseñanza de la Historia ilustra las circunstancias en las que se desarrolla la profesión quedando plasmada en los libros con los que se aprende, personificada por los profesores que la explican, influida por los marcos políticos, culturales, sociales o económicos, en los que se enseña, y delimitada por la metodología que se aplica o las corrientes historiográficas en las que se encaja. La presente obra colectiva pretende reconstruir, desde perspectivas muy personales y autobiográficas, recuerdos en torno a la Historia que se recibió como estudiante, la Historia que se aprendió y la que finalmente se enseñó y se imparte aún en las aulas. Esta fue la pregunta que se propuso a un destacado grupo de historiadores en representación de siete áreas de conocimiento universitarias, que cubrían todos los periodos históricos, y varios niveles educativos. Una misma pregunta y diez respuestas, de cuatro historiadoras y seis historiadores, que reflejan la pluralidad de experiencias y recuerdos teniendo siempre como eje a la Historia, su enseñanza y aprendizaje.

Universidad de Sevilla
Editorial Universidad de Sevilla

La complejidad de la cuestión, a la hora de ser demarcada por cada autor, explica la diversidad de contestaciones que, en cualquier caso son producto de las vivencias y recuerdos humanos, que son únicos y exclusivos, porque las circunstancias concretas así lo son. Dada la naturaleza de los trabajos, se requirió un estilo más o menos ensayístico que sirviera para dar libertad a la narración de los recuerdos asociados al proceso de formación como historiadores. Las reflexiones aquí recogidas reflejan no solo distintas maneras de concebir, hacer y explicar la Historia o su uso, sino también diferentes personalidades y estilos formales. Los textos son independientes entre sí; el marco histórico de la reflexión propuesto es idéntico.

La presente obra es la plasmación por escrito de un viaje histórico a través de la memoria personal. Historiadores profesionales que se historian en primera persona inspirándose en la Historia aprendida y la enseñada, tomando como referente contextual la Historia de España desde el franquismo hasta la actualidad. En ese sentido entroncan con la egohistoria, si se le quiere dar un nombre académico acorde con los tiempos postmodernos que corren; si no, los trabajos tienen mucho de autobiografía profesional e intelectual.

La memoria, selectiva y caprichosa como es, se convierte en un medio para la evocación de un tiempo histórico con diversos actores y espacios geográficos: se alude a ocho universidades para un periodo que se desarrolla desde los años cuarenta, mientras que la edad de los autores oscila entre los sesenta y uno y los ochenta y siete años. Por su parte, son numerosas las referencias a profesores o historiadores que, de alguna manera, influyeron en el desarrollo de los *egohistoriados*, información útil para, por ejemplo, la reconstrucción de redes de relación e impacto historiográfico. A través de la memoria se pueden seguir las pistas del proceso formativo en el terreno docente y la lógica de las líneas de investigación o de las publicaciones; en definitiva, por el conducto de la memoria se recrea la evolución en las maneras de pensar, hacer y explicar la Historia.

La cuestión de la *Historia que nos enseñaron, la historia que aprendimos y la historia que enseñamos* permite rememorar los diferentes niveles formativos por los que se pasó hasta convertirse en historiadores profesionales. El *cursus honorum* que había que superar, con las correspondientes referencias a antiguos planes de estudio, la organización de las etapas escolares, las asignaturas impartidas o los libros utilizados en la instrucción, también quedan recogidos en muchos de los textos. Es, si se quiere, el andamiaje sobre el que se asienta el proceso formativo y la profesionalización posterior. Las alusiones a las lecturas son permanentes, tanto a manuales como a obras de otra naturaleza y no solo histórica. Entre el primer grupo, el trabajo de Josep Fontana se centra en buena medida en el análisis de los textos destinados a las escuelas. Especialmente importantes se concebían los manuales en la enseñanza primaria y secundaria, por la mayor facilidad para inculcar ideas en niños y jóvenes; y no en menor medida por el hecho derivado de que se trataba de una enseñanza obligatoria, común para toda la población, algo que ya no se daba en la enseñanza superior, de ahí su doble relevancia. La relevancia de los manuales, como obras obligatorias para la preparación y superación de las materias, tiene que ver tanto con los contenidos recogidos

UNIVERSIDAD DE SEVILLA Editorial Universidad de Sevilla

como con los enfoques. Las investigaciones actuales en torno a los manuales de enseñanza, considerados como fuentes primarias, están dando notables resultados, incluyendo la aparición de sitios webs altamente especializados, como pueda ser el portal MANES (<http://www.uned.es/manesvirtual/portalmanes.html>), dependiente del Centro de Investigación de igual nombre que focaliza su atención en el estudio de los manuales escolares en la península ibérica y Sudamérica publicados durante los siglos XIX y XX. En cualquier caso, pese al impacto supuesto y adjudicado, lo cierto es que, visto el proceso histórico y el resultado, parece oportuno reconocer los límites de la educación reglada en la formación humana, pues de otro modo la injerencia estatal en la educación produciría un verdadero pensamiento único, algo que resulta evidente no se ha dado. Es preciso reconocer que existían, como hoy, otras vías para el aprendizaje de la Historia. En este sentido, se concibió la enseñanza secundaria como uno de los pilares transformadores en la línea del Nuevo Estado. Así quedó patente en la Ley que reformaba dicho nivel educativo (1938), en cuyo preámbulo reconocía:

> «Iniciase con la reforma de la parte más importante de la Enseñanza Media (...) porque una modificación profunda de este grado de Enseñanza es el instrumento más eficaz para, rápidamente, influir en la transformación de una Sociedad y en la formación intelectual y moral de sus futuras clases directoras.
>
> (...) El procurar esta formación, camino seguro para la vuelta a la valoración del Ser auténtico de España (...) que produjo aquella pléyade de políticos y guerreros –todos de formación religiosa, clásica y humanística– de nuestra época imperial, hacia la que retorna la vocación heroica de nuestra juventud; poder formativo político corroborado todavía notablemente con el ejemplo de las grandes Naciones imperiales modernas.
>
> (...) Formadas las jóvenes inteligencias con arreglo a estas normas, se habrá realizado, para plazo no muy lejano, una total transformación en las mentalidades de la Nueva España».

Otro de los valores del presente libro es la revisión de algunos mitos o imágenes estereotipadas en torno a la intervención del franquismo en la visión de la Historia: resulta llamativa la unanimidad sobre la cierta libertad de cátedra que existía durante la dictadura para explicar la disciplina, lo que sugiere la relativamente escasa intrusión en el desarrollo ordinario de la enseñanza-aprendizaje de la materia, al menos en la enseñanza superior pues en los niveles inferiores la cuestión fue diferente, como manifiestan algunos textos. En cualquier caso, lógicamente los años cuarenta no fueron los dinámicos sesenta y setenta, ni el mundo rural es equiparable al urbano, tan distinto a su vez.

Respecto al supuesto férreo control académico sobre docentes y contenidos, la mayoría de los autores recuerda con cierta benevolencia la enseñanza de la Historia recibida en la universidad o la relativa capacidad de movimientos intelectuales de los profesores. Con las salvedades oportunas, que no se pueden obviar, en la universidad se respiró más libertad de cátedra que en niveles educativos inferiores, pese a las limitaciones que pudieran existir en comparación con otros contextos políticos democráticos. Ello podría explicar la presencia de docentes universitarios de diferentes tradiciones historiográficas, sobre todo

a partir de los años sesenta: en el fondo lo que preocupaba a la dictadura no eran tanto los marcos teóricos para explicar los fenómenos históricos como las acciones concretas que evidenciaran la ruptura con el régimen que los amparaba. Tanto es así que si un profesor se mantenía en el simple nivel teórico de análisis podría haber sobrevivido, con más o menos dificultades, en la «selva universitaria», aunque estuviera adscrito al materialismo histórico o cualquier otra corriente no afín, o abiertamente despreciada por el régimen; involucrarse en acciones subversivas para implementar modelos de convivencia alternativos, asociados a una visión de la Historia, era otra cuestión muy diferente que no se permitió y, en consecuencia, se persiguió. Las disquisiciones teóricas, sin repercusión en el orden público o político, se pudieron mantener a flote e incluso desarrollarse, en particular durante el tardofranquismo. En cualquier caso, todo este panorama no hace sino reflejar la riqueza de matices en torno a la enseñanza de la Historia durante buena parte del siglo XX español y las diferentes experiencias vividas.

El fin de la autarquía desde finales de los cincuenta implicó la llegada de aires nuevos, hecho que también se manifestó en el terreno educativo. La mayor difusión de ideas, información, libros, opúsculos y movimiento de personas durante los agitados sesenta y setenta coadyuvaron a la apertura intelectual de la universidad española. Es aquí donde más cobran sentido las lecturas alternativas o los contactos con ciertos maestros o círculos intelectuales que abrieron las puertas a la profesionalización y arrojaron luces originales a la investigación, la docencia y la concepción de la Historia.

MAESTROS, DISCÍPULOS Y CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS

En las páginas que siguen se rescata un tipo de relación humana e intelectual, la de maestro-discípulo, no muy reconocida en la actualidad pero característica de los tiempos pasados. Tanto es así que se hace mención explícita al maestro como modelo de referencia en varias decenas de ocasiones. Los nombres de los maestros recordados dan idea de las importantes influencias intelectuales y a veces personales, sin las cuales sería imposible comprender no ya la tarea del historiador durante el franquismo sino buena parte de las corrientes historiográficas del siglo XX, desde la Escuela de Annales hasta el postmodernismo, con sus iconos propios: Fernand Braudel, Pierre Vilar, John Elliott, Juan de Mata Carriazo, Marc Bloch, Francisco José Presedo, Earl Hamilton, Ramón Carande, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, Perry Anderson, Ernst Langlotz, Hugh Thomas, Manuel Tuñón de Lara, Raymond Carr, Carlo Ginzburg o Giovanni Levi son solo algunas de las influencias o magisterios reconocidos por estos historiadores formados en España; todos ellos desfilan y hablan de la evolución de la historiografía internacional y su impacto en una España en apariencia cerrada. Pero ningún mundo habitado puede mantenerse absolutamente hermético.

Se ha querido cerrar el libro con el testimonio de uno de los docentes citados por varios de los autores, considerado como un maestro de la enseñanza de la Historia,

José Luis Comellas, quien a su vez reconstruye el proceso que le llevó, desde la inmediata postguerra, a su formación como historiador profesional, donde también recuerda a sus maestros, las fuentes de influencia, apunta aspectos metodológicos o alude a la orientación que le quiso dar a sus trabajos. Aunque es éste un círculo imposible de cerrar porque las interacciones e influjos son muchos e inconmensurables y difíciles de sistematizar en un trabajo como el que se presenta, al menos de manera simbólica se ha cerrado de este modo: los discípulos que reconocen el magisterio de otros profesores que a su vez hacen lo propio con sus mayores, como eslabones de influencias que se podrían alargar en el tiempo y el espacio, dibujando cadenas y redes de cadenas, que configuran mallas de relación e influencia y que dotarían de sentido al proceso de aprendizaje-enseñanza de la Historia a lo largo de más de medio siglo. El impacto que determinadas personas pueden tener sobre uno en la vida profesional es incuestionable, y éste creo que aumenta con el grado de autoridad que se le reconoce a la influencia. Los maestros y profesores son puntales en este terreno. Quien escribe estas palabras realizó su tímido ejercicio de egohistoria, subrayando los valores personales y la cualificación de una maestra de Historia en el marco del cambio histórico que supuso el fin del franquismo y el desarrollo de nuevas maneras de explicar la disciplina («Recordando a Gloria», en *Docentes que dejan huella*, 2012). La buena acogida de la iniciativa, abierta a través de internet, permitió la reconstrucción de este tipo de redes de reconocimiento en varias generaciones aunque, en este caso, con un carácter marcadamente vivencial más que académico.

Por lo tanto, aunque hasta los años sesenta, y con mucha cautela, los vasos comunicantes con la historiografía que se realizaba en el extranjero eran escasos, existieron diversas vías para el acceso a diferentes maneras de concebir la Historia, la principal de ellas fue la lectura de monografías, más que artículos de revistas. Las consecuencias intelectuales derivadas de las primeras salidas al exterior, por motivos relacionados con la investigación o la formación académica, quedan perfectamente plasmadas y refieren cierta apertura en la última fase de la dictadura, con una generación inquieta y poco identificada con los valores del nacionalcatolicismo heredados de la guerra civil. Pilar León, procedente de una universidad mediana como era la sevillana de entonces, recuerda la importancia de la salida de campo a Grecia, a mediados de los sesenta, o las estancias en la Academia Española de Roma o el Instituto de Arqueología, de la Fundación Humboldt, de la Universidad de Bonn. Los primeros viajes al exterior de aquella generación permitieron conocer visiones de la Historia alternativas, más abiertas, atentas a nuevos enfoques y objetos de estudio; hacían posible el contacto directo con métodos innovadores o investigadores preocupados a veces por el acceso y uso de fuentes originales. En palabras de León, salir al extranjero hizo posible

> «familiarizarse con los procedimientos de trabajo de los grandes centros de investigación avanzada, entablar relaciones con otras escuelas científicas; en definitiva, acercarse a otros pueblos, a sus historias y a sus historiadores».

UNIVERSIDAD DE SEVILLA Editorial Universidad de Sevilla

En relación con los métodos –partiendo del método por antonomasia con el que se asocia la enseñanza de la Historia oficial durante el franquismo, basado en el aprendizaje memorístico– se fue avanzando en opciones teóricas más comprometidas y menos positivistas, como la Escuela de Annales (en sus diversas etapas), el materialismo histórico, el estructuralismo, la historia social, etc., hasta llegar en los años '90 a la microhistoria y el postmodernismo. La influencia de estas corrientes se deja notar en las explicaciones de historiadores que de una manera u otra reconocen su influjo sobre ellos y ellas mismas así como sobre la evolución de los objetos de estudio: desde los planteamientos economicistas (Ricardo García Cárcel) o la adscripción al materialismo histórico (Josep Fontana, Julio Anguita) y sus derivaciones revisadas (Mª Dolores Ramos), al uso y revalorización de «nuevas» fuentes como la literatura (Genaro Chic, Enriqueta Vila, etc.), la interdisciplinariedad en la concepción histórica (José Luis Escacena, Genaro Chic, José Luis Comellas, etc.), el valor de la microhistoria y las redes informales de relación (Vila), la incorporación de la historia social (del Val), hasta las reflexiones sobre la historiografía más actual centrada en el nacionalismo o la Memoria Histórica (García Cárcel). Todo un repaso, en primera persona, a algunas de las tendencias historiográficas y visiones de la Historia presentes en España durante el periodo atendido.

La evolución historiográfica de estos autores registra y permite una radiografía de las evolutivas preocupaciones de la profesión, con la aparición de nuevos sujetos, invisibles y silenciados en la Historia y por los historiadores, como las mujeres, fundamentales en la original manera de mirar por la ventana del tiempo (Isabel del Val, Ramos). A veces estas inquietudes fueron consecuencia de lecturas procedentes de otras disciplinas (Filología, Filosofía, Economía, Antropología, etc.), algo natural en un verdadero humanista, sentido que parece haberse perdido en los últimos años. En este terreno creo que es necesario subrayar la importancia de las lecturas filosóficas, una vieja costumbre que las especializaciones propias de los sucesivos planes de estudio han ido reduciendo hasta su mínima expresión en la formación de los historiadores actuales, donde la Filosofía parece ser concebida como una materia ajena y alejada. De la importancia que señalo dan detallada cuenta, con sus correspondientes referencias bibliográficas y de autoridades, los diferentes autores y autoras. En definitiva, la ausencia de viajes al extranjero se suplió, en la medida de lo posible, con lecturas de lo más variado, sin las cuales no se podría comprender el proceso formativo de un historiador. Las fuentes declaradas en el esclarecedor trabajo de Ramos, por ejemplo, son una guía para comprender cómo se produce la fusión entre la militancia social y política y la adscripción a una corriente historiográfica, en este caso de género. En la misma línea, las reflexiones de la profesora del Val ayudan a desentrañar la manera en la que forjó dicha historiografía. En ambos casos, la adscripción a esas corrientes historiográficas sirve para ilustrar la Historia que enseñan e investigan en la actualidad en las universidades, apoyadas en toda una red institucional de gran calibre (centros de investigación, librerías, asignaturas, editoriales, grupos y proyectos de investigación), pero también en la dirección de tesis doctorales bajo los novedosos enfoques históricos.

Otras veces fueron los contactos personales y los contextos de micromovilización (los espacios en los que las personas se mueven cotidianamente) los que explican las aperturas mentales y las nuevas preocupaciones: relaciones con profesores rupturistas, recomendaciones de docentes o compañeros, discusiones en tascas y bares, lecturas no dirigidas, búsquedas en las trastiendas semiclandestinas de librerías de confianza, ateneos, clubes culturales, etc. La reconstrucción de dichos espacios y relaciones podría arrojar luz sobre algunos de los procesos formativos y comunicativos –con sus nuevos discursos– más importantes que se ubicaban fuera de la academia pero que no por eso tuvieron menos trascendencia en las visiones de la Historia y en la cualificación profesional. Creo que Isabel del Val resume a la perfección esta idea al señalar que

> «no se aprende sólo lo que viene marcado por las exigencias del plan de estudios y por la necesidad de aprobar las asignaturas para obtener un título universitario. Se aprende en un contexto, y en unas circunstancias determinadas. Y en ese aprendizaje influye la actitud, la mirada, la percepción y la interpretación de ese ambiente que realiza cada uno de sus actores».

A veces lo que descubrimos en la lectura de las páginas que siguen es la influencia de corrientes procedentes de la Filosofía de la Ciencia. La penetración de las tesis kuhnianas relativas a los paradigmas, las comunidades científicas, etc., queda recogida en el texto de José Luis Escacena, donde se hace una abierta y encendida defensa de la arqueología evolutiva como teoría explicativa de la Historia, insistiendo en la continuidad en esta materia desde el franquismo hasta la actualidad, al no existir mucha diferencia en el mundo académico en lo tocante a la aplicación del evolucionismo para describir los fenómenos históricos. El principio de supervivencia darwinista queda aplicado al concepto de competencia en el mundo académico encuadrado en las rivalidades entre líneas historiográficas, departamentos universitarios, libros, autores, enfoques, profesorado, etc. Un texto beligerante y militante que hace honor a la teoría de las comunidades de científicos rivales de Tomas Kuhn fundiéndolo con Charles Darwin. Lógicamente este modo de concebir la historia tiene sus efectos metodológicos y epistemológicos desde el momento en el que los darwinistas prefieren

> «estudiar los hechos históricos a partir de los resultados que producen, y apartar conscientemente las intenciones que los pusieron en marcha por ser éstas escasamente verificables».

Sus reflexiones van, pues, destinadas a dar sentido a la situación por la que atraviesa la explicación de la Historia en perspectiva evolucionista (arqueología, prehistoria, etc.) en la Universidad española desde los años sesenta hasta la actualidad, subrayando las conquistas en diversos ámbitos como los planes de estudio, la aparición de grupos de investigación, formación de discípulos dentro de la escuela, lecturas de tesis doctorales, etc., que afectan al tipo de enseñanza de la Historia que se realiza en las aulas y la investigación que con ella se debe vincular. Pese a todo, esta militancia intelectual no implica, ni puede hacerlo,

UNIVERSIDAD DE SEVILLA Editorial Universidad de Sevilla

una disposición moral por parte del historiador, un punto de vista compartido por el profesor Chic, pese a las diferencias en sus maneras de pensar la Historia.

Otros casos de militancia, en este caso política, como Julio Anguita o Josep Fontana, son buenos modelos para el análisis de la función social que se le asigna a la Historia, entendida como instrumento de estudio del pasado con vistas al mejoramiento del presente y del porvenir y, en este caso sí, con fuerte carga moral. Son autores comprometidos en diferentes causas sociales y políticas para los que el pasado tiene sentido en tanto que permite, a partir de su conocimiento, proponer un futuro basado en otros principios teóricos y sociales. Sus intenciones se alejan consciente y voluntariamente de la visión aséptica y pretendidamente neutra de la Historia, considerándola como un arma intelectual en la construcción de un mundo mejor. La aportación de Julio Anguita, historiador, maestro y profesor de secundaria y activo político desde sus años en la Universidad, clarifica la visión y el uso de la Historia que realiza habitualmente en sus intervenciones públicas. De otro lado, enlaza con la vieja tradición decimonónica del republicanismo, impulsado por universitarios con vocación política, prolífica en la producción de discursos de contenido y orientación histórica y fuerte carga didáctica. La vinculación entre Universidad y política, que tantos casos señeros dio a lo largo de la Historia contemporánea de España, queda de este modo también registrada en un ejemplo del siglo XXI. En este punto se quería subrayar la importancia de la Historia en la educación política de la sociedad de la mano de alguien reconocido actualmente que se resiste al olvido del pasado. Junto al importante valor de la Historia y su uso político, también se pretendía contar con la voz y la experiencia, aunque limitada, de un maestro y profesor de secundaria, de aquí que se le solicitara que atendiera a la cuestión con el fin de complementar las visiones de la etapa formativa y docente en la escuela y el bachillerato.

ENTRE LA EGOHISTORIA Y LA MEMORIA PERSONAL

Desde un prisma más académico y literario, como decía más arriba, nos encontramos ante un trabajo colectivo en el que se realiza un ejercicio a medio camino entre la egohistoria y la autobiografía intelectual, tomando el aprendizaje y la enseñanza de la Historia como motivo evocador. Es una aportación dentro de la literatura memorialista con la particularidad de que el eje de las reflexiones es la Historia aprendida y enseñada desde el franquismo. Las ramificaciones, derivaciones y matices que se registran son múltiples, tanto en el terreno de la docencia como en el de la investigación. Además de detenerse en aspectos relativos a la docencia (recibida e impartida) también hay lugar para dar una explicación a la lógica de la investigación histórica a lo largo de medio siglo, como en el trabajo de Enriqueta Vila donde se describe la evolución de las preocupaciones como historiadora, al calor del desarrollo historiográfico y personal, en su caso centrado en la faceta investigadora desarrollada en el CSIC a lo largo de más de tres décadas. Evolución que

se extiende desde los primerizos trabajos a mediados de los sesenta hasta la actualidad, en la que las obras literarias ocupan un lugar destacado en la búsqueda de inspiración o tratamiento de diferentes temas, que con datos factuales contrastados y razonamientos lógicos, permite un tipo de historia narrativa y rigurosa al tiempo; o los métodos heredados de la microhistoria y el análisis de redes familiares para explicar la alta política. En otros casos (Comellas, Chic, del Val) se presta atención a la Historia enseñada desde su particular mirada como historiadores, adquiriendo la dimensión docente de la actividad profesional cuerpo reflexivo.

El lector encontrará textos redactados con estilos, enfoques y vibraciones muy diferentes, algo normal dado el carácter polifónico que se le ha querido dar a la monografía colectiva. Y es también una exposición de las múltiples maneras de concebir el trabajo del historiador en los tiempos del postmodernismo: los hay más divulgativos, otros son narrativos, personales, evaluativos o introspectivos; en ocasiones adoptan enfoques muy didácticos y otras quieren ser más académicos o ilustran, a partir de las vivencias propias, cómo se fueron fraguando y asimilando algunas corrientes historiográficas; en otras ocasiones muestran una marcada preocupación por el método o atienden a la búsqueda de fuentes novedosas, mientras que los hay que se centran en los nuevos sujetos de la Historia. No son incompatibles entre sí, ni mucho menos. Algunas aportaciones constituyen una verdadera síntesis de la evolución historiográfica vivida por una generación desde los sesenta hasta la actualidad. Expresada en tono académico pero divulgativo y personal, su uso entre estudiantes de Historia podría ser esclarecedor en su formación profesional; otros trabajos contienen más elementos autobiográficos de no poco interés para los investigadores o un público más general interesado por la etapa franquista, la vida cotidiana, la historia de la lectura en los ambientes universitarios, etc. Un (auto)retrato complejo, pluriforme, elaborado con varias capas, que permiten diferentes aproximaciones y enfoques de análisis y que, en definitiva, constituye y una radiografía parcial de la Universidad española de las últimas décadas. Todo ello esbozado con pinceladas muy personales que, combinadas, aportan un toque polifónico a la obra.

No todos los textos se someten al difuso concepto de «egohistoria», que ya de por si resulta lábil. La egohistoria es un género –sin una definición académica precisa ni consensuada– más que una tendencia historiográfica. Su uso es relativamente reciente pues para localizar intentos de conceptualización hay que irse a la década de los ochenta del pasado siglo aunque puedan existir trabajos anteriores, y se enmarca en las corrientes del postmodernismo, que acoge y reclama la subjetividad en la Historia: el yo adquiere relevancia y reconocimiento para dar un sentido al proceso histórico analizado en clave personal, con un discurso coherente, argumentado y razonado. Con ella se reconstruye el itinerario personal en el marco histórico donde tiene lugar la vida y, en la presente obra, el desarrollo profesional de los historiadores. La aparición de la egohistoria, como el postmodernismo, es posible vincularlo con el fin de una etapa en la que se creía firmemente en la Historia como una ciencia exacta y objetiva en la que se podían hallar leyes

UNIVERSIDAD DE SEVILLA Editorial Universidad de Sevilla

efectivas que producían los fenómenos dentro de unas coordenadas estructurales que era posible descomponer y analizar. Con el postmodernismo y la egohistoria se recupera al sujeto y su individualidad tras la visión estructuralista dominante durante mucho tiempo en el mundo académico (estructuralismo lingüístico y semiótica, análisis del discurso, materialismo histórico, construcción de identidades colectivas, primacía de los movimientos sociales y agentes colectivos, etc.). Mientras, dos géneros, la biografía y la novela histórica, registran un momento de expansión y consumo notables.

La caída del bloque del Este y la revisión del paradigma que le acompañaba, favoreció la multiplicación de enfoques historiográficos, habida cuenta de la crisis que afectaba a la visión científica tradicional de la Historia. Ahora se extendía con mayor fuerza la Historia de las mentalidades, de la vida cotidiana, la de género y otros grupos marginales, la historia de las emociones, etc. Algunos de los historiadores más reputados se embarcaron en reflexiones egohistóricas desde mediados de los ochenta: sirva de ejemplo el caso de los pioneros *Essais d'ego-histoire* (1987), coordinados por Pierre Nora, con la participación, entre otros, de Pierre Chaunu, Michelle Perrot, George Duby, René Rémond, Jacques Le Goff, etc. Nora se refería a la egohistoria como «un nuevo género para una nueva era de la conciencia histórica». Influido por el «historiador de domingo», Philippe Ariès, el género permitía a estos autores ciertas licencias alejadas de la Historia más académica, posibles gracias a sus evoluciones intelectuales e historiográficas. El propio Ariès procedía de la Historia de las mentalidades, a donde había llegado desde la demografía histórica. Una evolución reconocible en historiadores españoles como el modernista Carlos Álvarez Santaló, otro docente maestro en la Universidad de Sevilla. Aunque los ejercicios de egohistoria tuvieron un cierto eco en Sudamérica (véanse, por ejemplo, las reflexiones de José Tamayo Herrera contenidas en *Breve historia de un historiador: ensayo de egohistoria*, editado en Perú en 1989), fue en Francia donde existió un epicentro verdaderamente activo con reflejos historiográficos a lo largo de la década de los noventa, una cuestión tratada por Jeremy D. Popkin («Ego-Histoire and Beyond: Contemporary French Historian-Autobiographers», trabajo publicado en la revista *French Historical Studies*, 1996). El mismo P. Nora meditaba sobre las dificultades del género («L'ego histoire est-elle possible?», *Historein*, 2001). Y este mismo año Alexander C. T. Geppert y Luisa Passerini editaban una obra colectiva que procuraba poner un poco de orden en la materia (*European Ego-Histoires: Historiography and the Self, 1970-2000*). Con otro formato, también el libro póstumo del historiador británico Tony Judd, *Thinking the Twentieth Century* (*Pensar el siglo XX*) (2012), es un ejercicio de egohistoria, en este caso a través de una entrevista donde, desde su propia experiencia, reflexiona sobre el siglo que le tocó vivir.

Aunque sigue siendo una tendencia minoritaria, con resultados muy desiguales, en los últimos tiempos han aparecido varias publicaciones y se han celebrado encuentros científicos para su estudio y tratamiento. Respecto a la primera cuestión, la relativa a la producción, en España el concepto se extendió en los años noventa aunque no se podría decir que constituyera una escuela historiográfica en sentido estricto, ni siquiera que formara parte

de los temarios de las asignaturas de historiografía. En 1995 el hispanista francés Pierre Vilar publicó en catalán *Pensar históricamente* (editado en castellano dos años más tarde) y en el año 1999 Justo Serna escribió en *Claves de la razón práctica* «La egohostoria de Pierre Vilar» en la que hacía una evaluación crítica de un género poco conocido en España. Reflejo de las nuevas preocupaciones y sensibilidades de los historiadores, más recientemente la obra colectiva editada por Jaume Aurell *La historia de España en primera persona. Autobiografías de historiadores hispanistas* (2012) significó una interesante aportación en el terreno historiográfico. Un año más tarde tenía lugar en Alcalá de Henares el Coloquio *Escribir y archivar los egodocumentos*, centrado en los nuevos retos asociados a la producción de este tipo de documentos (cartas, memorias, autobiografías, diarios, etc.). Y en 2015, convocado por el profesor Robert Coale, se celebra en la Universidad París 8 una Jornada bajo el significativo título de *El siglo XX en primera persona: Los egodocumentos y la historia contemporánea española*. Una corriente, la de la egohistoria, que con sus defectos y virtudes, como todo el postmodernismo con su relativismo consustancial, está abriendo puertas a la investigación histórica facilitada por la carencia de paradigmas historiográficos dominantes. El polémico lema acuñado por Paul Feyerabend en 1975 en su obra *Contra el Método* parece cobrar vigor: «Todo vale». Aunque no declarados, algunos de los planteamientos expuestos por los autores en el volumen son propios del postmodernismo, como la insistencia en la interdisciplinariedad de enfoques, la ruptura con los rígidos esquemas teóricos, el relativismo, las incorporaciones de agentes históricos novedosos o fuentes alternativas y cargadas de subjetividad. Pese a todo, este simple hecho no debería servir para inferir la adscripción a dicha tendencia o género de nadie.

La presente obra tiene diversas formas de aproximación dado que el público al que está destinado puede ser muy variado, como plurales y complementarios son los textos. Una lectura más liviana y amena permite atender a los recuerdos personales y reflexiones más genéricas sobre la Historia y su enseñanza/aprendizaje, la Educación y el franquismo, donde tienen cabida los detalles de la vida cotidiana, anécdotas y aspectos aparentemente menos trascendentes. Otra inmersión, de interés para historiadores y estudiantes de Historia, incluye la evolución historiográfica en España o las teorías de la Historia contenidas en los diferentes trabajos. En este caso, las reflexiones y debates sobre lo aprendido y lo enseñado, sobre la conceptualización y el uso de la Historia, etc., hacen posible sobrevolar lo anecdótico y circunstancial para darles un sentido más proyectivo y elevado. La lectura no es nada aburrida, todo lo contrario; resulta amena sin dejar de tener su profundidad, recorriendo diferentes recuerdos y percepciones de hechos parecidos pero vividos de manera diferente, lo cual invita a seguir pensando y revisando los conocimientos heredados y adquiridos.

Quisiera finalmente agradecer al Aula de Cultura de la Facultad de Geografía e Historia y a la Editorial Universidad de Sevilla, así como al Proyecto de Investigación I+D *La transición ibérica: Portugal y España. El interés internacional por la liberalización*

peninsular (1968-1978) (HAR2011-27460), las ayudas concedidas para la publicación de estos trabajos, inspirados a su vez en las reflexiones previas habidas en las *II Jornadas Educación y franquismo. La Historia que nos enseñaron. La Historia que aprendimos. La Historia que enseñamos*. A Laura Ríos y Eugenia Puertas, por la ayuda que me prestaron en diferentes momentos durante la preparación de la edición. Y como no podía ser de otro modo, especial gratitud a los autores que se sometieron de buen grado a un ejercicio intelectual y memorialístico, difícil por no realizado en la mayoría de las ocasiones con anterioridad, que han sabido resolver con la soltura y brillantez esperable. De todos modos, siempre son los lectores los que tienen la última palabra. Sea, pues, suya.

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Editorial Universidad de Sevilla